

Chile 2011: Ya **no somos** los mismos (I)

El quiebre del consenso social



El consenso social, que ordena prioridades y que rigió los últimos veinticinco años, parece quebrado. Hoy surge el reto de determinar sobre qué temas debemos los chilenos construir uno nuevo.

Existe acuerdo en que “el sistema” está mal. Pero ¿cuál es el que está mal? ¿Solo el sistema educacional? ¿O también el económico? ¿Y/o el social? ¿Y/o el político?

Las protestas estudiantiles han cumplido meses sin visos de una clara resolución de los problemas que denuncia. Un movimiento que empezó como un pedido de pases escolares para todo el año y muy poco más, hoy no solo exige una reformulación de toda la política educacional sino que cuestiona el modelo de desarrollo de los últimos veinticinco años.

Es más: está en jaque, si es que no se ha quebrado ya, el consenso social que caracterizó este período y en el que primó la moderación sobre el maximalismo. Este no fue fácil de lograr. De hecho, fue a regañadientes, en parte impuesto, en parte por

Joseph Ramos

Profesor Facultad de Economía y Negocios, Universidad de Chile

prudencia, y se conformó como algo claramente novedoso para nuestra historia política reciente. En efecto, en nuestro pasado más conflictivo la política transcurría como un movimiento pendular de un extremo a otro; el Gobierno entrante se deshacía de lo realizado por el anterior para comenzar todo de nuevo. En lugar de repetir este maximalismo destructivo, la Concertación optó por construir sobre lo hecho por el régimen militar. Había criticado mucho de la obra de la dictadura, pero consideraba que el costo había sido demasiado alto como para no cosechar lo positivo. De ahí que optó por aceptar el mercado como mecanismo central para el crecimiento, con tal de que el Estado asegurara por medio de la política social que los beneficios del crecimiento llegaran a las grandes mayorías. No hubo unanimidad, pero sí acuerdo suficiente como para fijar márgenes a lo discutible y, por ende, límites a las políticas a considerar. Se procuraría crecimiento con equidad, “dentro de lo posible”.

Los márgenes de lo aceptable se exploraron sobre todo en el primer año del mandato del presidente Patricio Aylwin, durante el que se quiso dar un golpe de timón respecto de la herencia militar. De ahí que entre las primeras medidas figuró negociar

una reforma tributaria que elevara la carga impositiva en algo más de dos puntos del PIB para destinar todo lo adicionalmente recaudado a gasto social (educación, salud, vivienda, pensiones...), ítem muy contenido bajo el Gobierno militar. Ello fue seguido por una reforma total del Código de Trabajo (el “de José Piñera”), de nuevo no maximalista, sino “dentro de lo posible”. Años posteriores vieron reformas importantes, pero más acotadas, sin compromisos tributarios significativos: entre ellas, la extensión de la jornada escolar, la ampliación de la educación pre-escolar, créditos con aval del Estado para la educación superior, el AUGE en la salud y la reforma del sistema de pensiones.

Y este consenso dio muchos frutos. En los últimos veinticinco años el nivel medio de vida de los chilenos se ha triplicado, incluyendo el de las clases populares, mientras se ha reducido la pobreza a menos de 15% de los hogares (a mediados de los ochenta esta era de un 45%). Por otra parte, si hace un cuarto de siglo la mitad de los hogares sufrían de hacinamiento (más de dos personas por dormitorio), hoy esta cifra ha caído a 20%. Es cierto que en el mismo período también se han doblado los metros cuadrados de vivienda de la gente adinerada, por lo que se mantuvieron las diferencias relativas en metros. No obstante, ¿qué duda cabe de que pasar de 35 metros, todos en un dormitorio, a 70 metros, padres e hijos en dormitorios aparte, es un salto en bienestar relativo mucho mayor que el pasar de 140 metros a 280?

De igual modo, la esperanza de vida de los chilenos —indicador clave de bienestar básico— alcanza hoy a los 78 años, casi lo mismo que en Estados Unidos, pese a contar Chile con un nivel de desarrollo económico muy inferior al norteamericano. Tal como en el avance en el bienestar material, la extensión de esto a las clases populares es lo que explica este mejor escenario.

Detrás de los logros está el “milagro chileno”, un crecimiento económico medio de 4,5% per cápita desde 1985. Ello fue fruto de políticas sensatas y perseverantes, como la apertura al exterior, las liberalizaciones y la prudencia fiscal. Por primera vez en su historia Chile pudo aprovechar la gran y única ventaja de un país de desarrollo tardío: no se tiene que inventar “la rueda”; para crecer rápido por un buen tiempo basta imitar o adaptar de modo inteligente las mejores prácticas y tecnologías disponibles internacionalmente.

El consenso social anterior fue fundamental en permitir tal sensatez, consistencia y, sobre todo, perseverancia en políticas que hicieron posible, a la postre, nuestro “milagro”.

Mas, pese a sus logros, lo que el “milagro” no pudo hacer es reducir significativamente las grandes desigualdades y, a pesar de la mejora absoluta que han vivido todos los grupos sociales, el quintil más rico de la población en Chile gana hoy trece veces más que el más pobre. Esta desigualdad es menor a los peores momentos de la dictadura, cuando tal diferencia llegó a quince veces, pero es algo superior a la existente en los períodos de Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende. Más grave aún: es el doble que el promedio de los países de la OCDE. En efecto, la desigualdad es el talón de Aquiles histórico de Chile y contra ella se avanzó poco durante la transición.

La desigualdad es el talón de Aquiles histórico de Chile y contra ella se avanzó poco durante la transición.

EL QUIEBRE DEL CONSENSO REINANTE

No obstante, por inaceptable que sea esta alta desigualdad, aún más intolerable es la pobreza absoluta. Si un 45% de las familias chilenas vivían en esa condición a mediados de los ochenta, es comprensible que la prioridad inicial fuese reducir el número de pobres más que combatir la desigualdad. Sin embargo, los avances descritos hacen que afrontar la pase hoy a ser prioritario. La desigualdad “tolerable” hasta hace poco se ha hecho hoy intolerable.

Las protestas estudiantiles en torno a la calidad de la educación tocaron este nervio, pues la educación es una manera central para mejorar la distribución del ingreso en forma definitiva. Las movilizaciones levantaron la conciencia de que nuestro sistema educacional perpetúa y no aminora las diferencias sociales. Brinda educación de primera para los pocos (el 8% en el sistema particular pagado) y educación de tercera para el 92% restante.

Desgraciadamente, los movimientos sociales tienen una dinámica propia. Un movimiento que comenzó con una demanda por pases escolares avanzó rápidamente al tema de la calidad, levantó el tema de la organización del sistema educacional y su posible desmunicipalización, y siguió con el del lucro, lo cual cuestiona la base de la economía de mercado seguida en Chile en los últimos cuarenta años. Asimismo, ha criticado todo el sistema tributario, tanto por su carga (insuficiente) como por su equidad (levemente regresiva en lugar de progresiva). Hoy la discusión se centra en los costos de la educación universitaria: este es tal vez el tema menos importante en cuanto a calidad e igualdad de oportunidades, aunque sí el de mayor interés para los universitarios.

Hay consenso de que “el sistema” está mal. Pero ¿cuál es el que está mal? ¿Solo el sistema educacional? ¿O también el económico? ¿Y/o el social? ¿Y/o el político? Propuestas abundan para cada punto que se ha levantado, y ellas se multiplican a diario sin que ninguna logre una aprobación suficientemente amplia. Y no aglutinan acuerdos, entre otras causas, porque no hay igual parecer acerca de qué materias son las más prioritarias. En efecto, el consenso social, que ordena prioridades y que rigió los últimos veinticinco años, parece quebrado. Así, fácilmente pasamos de un tema a otro.

El propio Ejecutivo ha contribuido a esto con un frenesí de propuestas educacionales, inducidas por la improvisación frente a la presión más que por el análisis y los principios. En educación ha ofrecido no uno sino múltiples “planes”. Y tardó cinco meses en defender el lucro en la educación. Independiente de sus méritos, si una administración de centro-derecha no defiende el lucro —un Gobierno que tiene el lucro y el mercado en su ADN—, ¿quién lo va a hacer? Ciertamente, no la Concertación,



menos cuando está en oposición. Si los actuales gobernantes no hacen una defensa de sus propios principios, ¿cómo no esperar cuestionamientos en toda la línea? De ahí que se escucha hablar de poner fin al lucro, de un nuevo *royalty*, de renacionalizar el cobre, entre tantas otras propuestas, cada una más imaginativa que la otra.

Desgraciadamente, el problema es también con la oposición, tan desprestigiada como el Gobierno. Abunda en ella el oportunismo; escasean posturas de principios. Se celebra todo lo que dicen “los estudiantes”, contrarie o no la obra de los veinte años de la Concertación, violento o no la fuerza de la razón (tomas de liceos, universidades o del Congreso). Se critica todo lo que viene de La Moneda como insuficiente. Parecería que el único principio de la Concertación es el “más” —lo que dice el Gobierno y el *equis por ciento* más—; cualquier cosa, con tal de volver al poder.

Por cierto, a final de cuentas es el Presidente y sus ministros quienes tienen la responsabilidad mayor de proponer y liderar. Pero es el país el que paga cuando su clase política falla. Por eso la falta de liderazgos de principios es tan grave.

¿HACIA UN NUEVO CONSENSO SOCIAL?

¿Qué duda cabe de que el país necesita un nuevo consenso social? Lo grave es que no basta la necesidad para generarlo. Además, es relativamente fácil quebrarlo; lo difícil es construir uno. Por cierto, ninguno es para la eternidad. A la vez, el propio progreso en ciertos planos hace que surja la necesidad de priorizar otros temas. Lo difícil es acordar, entre tantas posibilidades, cuál(es).

Es posible vislumbrar al menos tres escenarios o posibles desenlaces. Primero, el de los cínicos o realistas. Ellos dirán que lo de hoy es una tormenta pasajera y que volveremos a lo de antes. ¿No sucedió lo mismo con la “Revolución de mayo”, en París? No cambió nada; simplemente vino De Gaulle y se restauró el orden anterior. ¿O las protestas de Vietnam? Salió Lyndon B. Johnson, pero fue sucedido por Nixon; se acabó la

guerra eventualmente, pero nada más cambió. Mucho ruido, pocas nueces... Crecimiento económico y mejoras absolutas en los ingresos de las grandes mayorías seguirán siendo las prioridades consensuales, y la política económica y social seguirá enmarcada dentro de ellas. Es un escenario posible, pero, estando ya roto, dudo que podamos volver al consenso anterior.

Un segundo escenario es que se prolonguen las protestas; que se polaricen posturas y reine el disenso social. El Ejecutivo (sea de derecha o izquierda) propone y el Legislativo (sea de izquierda o derecha) opone y obstruye. El país se moviliza socialmente, pero se inmoviliza políticamente. Se prolonga y extiende el empanamiento social, y el progreso se aleja. Como van las cosas, lo veo como el escenario más probable.

Poder Ejecutivo: un frenesí de propuestas educacionales, inducidas por la improvisación frente a la presión. Pero la oposición está tan desprestigiada como el Gobierno: abunda en ella el oportunismo.

Un tercer escenario es que se reconstituya un nuevo consenso social. Si bien esto sería lo deseable, tal vez sea el escenario más difícil. En efecto, un consenso social identifica las mayores prioridades y deja

el resto relativamente al margen. Por ejemplo, el anterior privilegiaba crecimiento económico y reducción de la pobreza. Las demás prioridades estaban supeditadas a estas, así es que desafíos de importancia, como la desigualdad, el sistema binominal o ciertas exclusiones sociales, fueron tratados a medias en pos de las prioridades mayores.

Como hay muchas opciones, el debate actual es entre las distintas combinaciones de prioridades a consensuar. Algunos quisieran seguir con las prioridades actuales. Otros, privilegiar la “clase media”, la igualdad, una mayor representatividad del sistema político, una mayor inclusión social (de género, etnia y/o de orientación sexual), la sustentabilidad y el medio ambiente, etc. No es que muchos grupos se opongan radicalmente al crecimiento o a la igualdad o a la inclusión social o al medio ambiente o a una mayor representatividad, sino que ya no están dispuestos a supeditar por largo tiempo su prioridad favorita. Y como un consenso social implica precisamente priorizar unas metas y determinar cuáles son las menos prioritarias, es difícil lograrlo. Pero bien vale el esfuerzo, pues es lo que nos permitiría alcanzar un nivel de vida semejante al europeo o estadounidense dentro de un plazo razonable.

IGUALDAD DE OPORTUNIDAD Y REPRESENTATIVIDAD

Mi ideal de nuevo consenso social para el Chile actual sería crecimiento con fuerte reducción de desigualdades, e igualdad (semejanza) de oportunidades y mayor representatividad política (fin del binominal).

Es un consenso social ideal porque satisface las ansias de la gran mayoría. Requiere, entre otras cosas, de una estructura tributaria que mejore la distribución del ingreso y no una, como la actual, que la hace levemente más desigual. Demanda una carga tributaria mayor para atender a las necesidades sociales más apremiantes (como la calidad de la educación, pero no solo ella) y así equiparar oportunidades entre los chilenos para que sean el mérito y el esfuerzo lo que más valga, y no la cuna y la cuña.

No cabe duda de que, si este llegara a ser el nuevo consenso social, Chile podría llegar a ser un país desarrollado dentro de una generación (treinta años). Es decir, no solo alcanzaríamos el nivel medio de vida de Europa —no el de hoy, sino el de tres décadas más—; también podríamos reducir a la mitad la desigualdad de nuestra sociedad, logrando que una vasta mayoría de chilenos viva materialmente bien y con oportunidades mucho más parecidas entre sí.

Por cierto, lograr un nivel de vida europeo no significa alcanzar la felicidad. Sí implica eliminar dos de las causas de

Es el país el que paga cuando su clase política falla. Por eso la falta de liderazgos de principios es tan grave.

infelicidad humana: la precariedad material y la desigualdad de oportunidades. Desgraciadamente, el avance material no necesariamente irá acompañado por avances en el plano no material de la vida. Si bien es probable que progrese en algunos planos, es posible que no nos hagamos más tolerantes a diferencias sociales y culturales. A juzgar por lo ocurrido en Europa y Norteamérica, la experiencia internacional sugiere que retrocederemos en otros ámbitos. Así, es de temer que el exceso de estrés se haga endémico, que la depresión y las adicciones calen hondo, y que la mitad de los matrimonios fracasen. La solidaridad y lo comunitario se batirán en retirada, mientras que el “yo-ismo” y la soledad social estarán en ascenso. Por cierto, nada de esto es inevitable. Son las tendencias que imperarán si no se actúa a tiempo ni se adoptan preven- ciones. Es de esperar que ya antes de que todo esto suceda, se reconfigure un nuevo consenso social, consenso que enfatice aspectos no monetarios de la vida. Mas eso está demasiado en el futuro como para abordarlo ahora. **MSJ**

